



LAS SIETE ESPADAS
DE ELISS

María Espinar

LAS SIETE ESPADAS
DE ELISS



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Espinar

ISBN: 978-84-19595-42-3

ISBN digital: 978-84-19595-43-0

Depósito legal: M-29990-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis dos soles, que me enseñaron
lo que es el amor incondicional.*

A Elisa y a Valeria.

PRÓLOGO

Con manos temblorosas y casi sin fuerza, recogió la espada del suelo. Su transformación al unirse había sido increíble, era bella y a la vez aterradora, única, especial, fuerte y peligrosa.

Debía separar los poderes de esa espada, aquella aberración no podía existir sin provocar caos y destrucción, esa espada llevaba el peso de las muertes que había provocado y ella no estaba dispuesta a que provocase más.

La diosa Eliss se volvió hacia sus guardianes, solo siete habían logrado sobrevivir a la masacre que Daron había provocado, con suerte y sacrificio habían logrado contenerlo. Sus guardianes se arrodillaron frente a ella y posaron sus espadas a sus pies, como una especie de ofrenda, mostrando su servicio y demostrando su valentía y poder para protegerla con esas espadas. Pero la diosa Eliss tenía otra idea en su mente. Con el poder que le quedaba, fue transmitiendo uno a uno los poderes de la espada a cada una de las espadas de sus guardianes. Así separó los poderes: la luz, la oscuridad, la ira, la tranquilidad, el fuego y el hielo. Cada uno en una espada. Cuando hubo repartido los seis poderes a seis de sus guardianes, se volvió hacia su guardián personal, Marcus, a él le entregó la espada vacía, la espada de poder, la única espada capaz de albergar los seis poderes juntos, los tres poderes oscuros que Daron le había traspasado a su espada, oscuridad, fuego e ira y los tres poderes de luz que había usado ella con la suya, luz, hielo y tranquilidad.

Estaba débil, tanto por la dura batalla como por el poder utilizado para parar a Daron, que, aunque no hubiese muerto, estaba vencido y derrotado.

Solo le quedaba una cosa por pedir a sus guardianes, mantener las espadas separadas y alejadas unas de otras, que las custodiaran y las cuidaran. A Marcus solo le pidió que mantuviera la espada a salvo y vigilada. La diosa, con sus últimas palabras, fue desvaneciéndose en un halo de luz dorada, convirtiéndose en polvo como el oro.

Allí donde la diosa desapareció, surgió un templo hermoso como lo había sido ella. En el interior se elevaba una figura de la diosa con sus manos extendidas hacia delante. Marcus, sabiendo qué debía hacer, puso la espada en las manos de la bella figura de la diosa, arrodillándose ante ella, mientras los demás guardianes se alejaban de Asia para completar la misión: mantener separadas las siete espadas. Las siete espadas de Eliss.

CAPÍTULO 1

Cuando Valerie vio el avión al que tenía que subir, un nudo se instaló en su estómago. Más que un avión, aquello era un autobús con alas.

No había tenido un vuelo agradable tras ocho horas de vuelo con dos señoras que se habían sentado a su lado en el avión, las que estaban más pendientes de la vida de la vecina del quinto que de la suya propia. Pensó que, con suerte, al hacer escala, subirían en otro vuelo, pero no, volvieron a viajar con ella y aunque esta vez no iban a su lado, iban delante... que no lo mejoraba. Pero al menos, escuchando música y con el libro que llevaba, había sido un vuelo pasable, pero subirse en aquello, que parecía que iba a caer con una simple sacudida de viento, no parecía que fuese a ser bueno. Tenía que buscar una manera de poder librarse de subir en eso, pero no era mucho mejor alquilar un coche y conducir kilómetros y kilómetros por una carretera de hielo o, lo que venía a ser lo mismo, conducir por un lago helado, que por muy helado que estuviese, seguía siendo un lago. Si subía en el avión, podía cerrar los ojos fuertemente e intentar olvidar dónde estaba, pero si conducía, cerrar los ojos no era una opción.

El sonido de su teléfono móvil la sacó de sus pensamientos.

—Hola, abuelo —contestó Valerie.

—Hola, pequeña, ¿qué tal el vuelo?

—Bien... supongo.

—¿Supones? Valerie, no podré ir a recogerte, me ha surgido algo y no puedo posponerlo, mandaré a dos de mis chicos a por ti, ¿vale?

—Ah... Vale —suspiró resignada, habría querido ver una cara conocida nada más llegar, pero al parecer no sería así.

—Pero estaré en el monasterio cuando llegues, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Nos vemos en un rato.

Después de eso, escuchó el aparato colgarse.

—Sí, abuelo, yo también tengo ganas de verte —susurró mirando el móvil.

Valerie se sentó derrotada en una silla, ¿de verdad estaba asustada sabiendo a lo que se iba a enfrentar y a lo que ya se había enfrentado? ¿Estaba asustada por tener que subir en un aparato que parecía que se desharía con un simple soplo y el cual iría a miles de pies de altura? Pues sí, lo estaba, que fuese una guardiana cazadora de demonios no significaba que no tuviese miedo de que esa cosa se desbaratase con ella dentro.

Cuando se acercó la hora de embarcar, no es que estuviese más tranquila, así que se preparó y pidió a la diosa Eliss que protegiese aquello. A peores cosas se había enfrentado y a peores cosas se iba a enfrentar.

Cuando la llamó su abuelo para comunicarle que debería de reunirse con él en Alaska, tuvo sentimientos encontrados. Por una parte lo deseaba, era algo para lo que se había preparado toda su vida, pero por otro lado la aterrorizaba; por mucho que se hubiese preparado, eso no quería decir que no tuviera miedo de los demonios a los que tendría que enfrentarse casi a diario.

No existían los vampiros, ni los licántropos, estos eran demonios de verdad, de los que echan fuego por las manos, de los que arrancan cabezas con sus manos desnudas y matan por simple y puro placer, y eso era lo que ellos, los guardianes, tenían que impedir. Eso y vigilar las espadas de la diosa Eliss. Podía parecer una leyenda, pero no lo era, la diosa existió y prueba de ello eran las seis espadas que se custodiaban desde hacía siglos y siglos.

La temida hora de embarque llegó y la angustia no desapareció al subir al avión. Por dentro era como un autobús. Era pequeño

y los asientos iban de dos en dos uno en frente de los otros, de un color azul claro y muy, muy gastados. No, no iba a estar nada cómoda en esa cosa.

Después de unas horas leyendo —o eso le pareció a ella, ya que el vuelo era de cuarenta minutos— para no notar las sacudidas del avión/bus, cosa que era imposible, decidió mirar por la ventanilla; repentinamente, toda la angustia y todo el miedo desaparecieron de golpe ante ese paisaje.

Ante ella se extendía un inmenso valle verde, bajo un cielo totalmente azul. Detrás de ese valle, todo eran montañas con sus cumbres nevadas de un blanco deslumbrante.

No sabía qué se iba a encontrar allí, pero sin duda lo que veía delante de sus ojos no lo esperaba bajo ningún concepto.

Diez minutos después aterrizaron y, todavía asombrada ante la belleza que sus ojos habían visto unos minutos antes, se dirigió a recoger su maleta.

Volvió a encender su teléfono móvil y tenía un mensaje. Nora le había dicho que la llamase cuando llegara, pero Nora no era una persona muy paciente, así que le había escrito ella:

«Oye, ¿aún no has llegado o es que ya me has sustituido por un oso polar?».

Después de una sonrisa, tecleó en su teléfono mientras esperaba su equipaje en la cinta.

«Estoy en Alaska, habrá lobos y osos, pero ¿polares? Lo dudo, a no ser que sean de peluche, pero si los veo, te mandaré una foto y acabo de llegar, por eso no te había avisado... ¡deja de acosarme!».

Volvió a guardar su móvil en el bolsillo de sus vaqueros cuando vio su maleta aparecer. Solo llevaba su maleta y una bolsa de piel como equipaje de mano, así que no tendría mucho que esperar.

Cuando se dirigió hacia la salida, un frío espantoso le caló hasta los huesos. Llevaba vaqueros, deportivas y una sudadera con una fina camiseta debajo y acababa de llegar a Alaska, así que no iba vestida apropiadamente para ese clima. Por suerte, en la bolsa de piel metió una cazadora bastante abrigada, la sacó y se la puso antes de salir.

Al salir se encontró bastante gente para los pocos pasajeros que iban en el avión. A parte de ella, solo viajaban unos cuantos mineros y dos científicos para un grupo de relevo, pero en ese pequeño aeródromo había bastante movimiento.

Los que más le llamaron la atención eran los dos chicos vestidos con cazadoras de cuero y vaqueros, a la derecha de la salida. No necesitaba nada para saber que iban a por ella. Uno tenía el pelo castaño, largo hasta la barbilla, y unos ojos negros de los que parecía que iban a salir cuchillos. Tenía unos rasgos muy marcados y la mandíbula la tenía tensa y apretada. El otro parecía más amigable, tenía el pelo corto, un poco de punta, los ojos verdes y unos rasgos un poco menos tensos.

Parecían tener un radar entre los guardianes, por lo que nada más aparecer ella, ellos la miraron fijamente y se dirigieron hacia ella.

—¿Valerie Carter?

—La misma.

—Tu abuelo nos manda a buscarte. Vamos.

Se dirigieron hacia la salida y uno de ellos se ofreció a llevar su equipaje. Ella se negó amablemente.

—Me llamo Ian y él es Kyle. Está un poco de mal humor, por eso ha estado tan arisco.

—Vaya, no lo había notado —el chico sonrió e intentó sacarle algo de conversación.

—¿Cómo fue el vuelo?

—Oh, bien, hasta la parte donde tuve que coger el bus con alas ese que me ha traído —dijo ella sonriendo levemente.

El chico sonrió y siguió adelante detrás del otro —que parecía tener prisa— hasta su coche, un Volvo todoterreno negro. El chico arisco se sentó a conducir y el otro a su lado, así que no le quedó más remedio que subirse atrás.

El interior del coche era claro, los sillones eran de piel *beige* y muy suave, se veía nuevo, olía a perfume de chico y era agradable y cálido, teniendo en cuenta el clima exterior.

Todo el camino fue admirando el paisaje que había visto desde el avión.

—¿Qué te parece Alaska, Valerie? —preguntó Ian sacándola de su embobamiento.

—Las vistas son increíbles, no me esperaba nada así.

—En el monasterio donde vivimos tienes unas vistas incluso mejores que estas.

Valerie no pudo evitar emocionarse al saber que vería algo así a diario.

—Pero no tendrás tiempo de disfrutarlas —dijo de repente *don Simpático*.

—Tendré que aprovechar entonces —respondió mirando de nuevo hacia la ventana.

El viaje se le hacía pesado, pues desde la mañana estaba viajando y el sol ya empezaba a ocultarse. Había viajado durante cuatro horas en un avión, durante la escala solo le dio tiempo a comer algo rápido en el aeropuerto, luego viajó otras cuatro horas en otro avión y cuando paró, pensaba comer, pero después de ver el avión al que subiría, se le pasó el apetito.

—Ya estamos llegando. ¿Tienes ganas? —dijo Ian.

—Desde esta mañana estoy sentada, tengo ganas de andar y de moverme un poco.

Don Simpático gruñó como si le molestara el simple hecho de que ellos hablaran.

—¿Todavía estás de mal humor? Podías ser un poco más simpático con Valerie, es nueva por aquí y ella no tiene la culpa de que Sean esta mañana te haya pateado el culo en el entrenamiento... dos veces —soltó Ian.

Si Kyle pudiera lanzar dagas por lo ojos, hubiese atravesado a Ian en ese momento, pero Ian parecía de lo más cómodo en el coche mirando hacia la carretera. Valerie prefirió seguir mirando hacia la ventanilla, pensando que, si estaba así porque otro chico le había dado una paliza en los entrenamientos, cómo se sentiría cuando se la diera ella, sabiendo a ciencia cierta que lo haría.

Después de unos minutos, llegaron al monasterio, estaba rodeado de un muro altísimo de piedra, unos chicos abrieron la verja y ellos pasaron en el coche. Lo dejaron cerca de la entrada junto a otros pocos coches, todoterrenos la mayoría, pero todos tenían algo en común, eran oscuros y con las lunas tintadas.

Salieron del coche en dirección al monasterio, Ian había sacado su equipaje y había insistido en llevarlo él. Ya estaba anocheciendo, pero aún había suficiente luz fuera, y a la derecha, en una explanada, había gente entrenando.

Ella siguió a sus guías. La guiaron dentro del monasterio donde, por suerte, no hacía tanto frío como fuera y, nada más entrar, lo vio aparecer. Solo llevaba un año sin ver a su abuelo, pero había cambiado, mucho y a mejor, estaba más joven.

—¡Valerie! —dijo mientras la abrazaba rápidamente.

—Abuelo, pareces más... joven.

—¿Te estás riendo de tu abuelo?

—Para nada, ¿le das al bótox? —su abuelo la miró arqueando una ceja y ella sonrió, Ian hizo lo mismo y hasta Kyle pareció sonreír también.

El monasterio no era lo que parecía, el exterior era todo antiguo y de piedra, pero, una vez dentro, cambiaba. Había un recibidor enorme nada más entrar, el suelo era de mármol gris con un vetado de un gris más claro. Las paredes eran paneles de madera oscura que daban sensación de calidez y a la vez de elegancia y lujo. Allí se encontraba una escalera enorme que se dividía en dos tramos, dirigiéndose hacia alas distintas. Se dirigían hacia ella mientras su abuelo caminaba con un brazo por encima de los hombros de Valerie. Se paró al pie de la escalera y se dirigió a los chicos.

—Ian, Kyle, en quince minutos os quiero en el salón. Ian, acompaña a mi nieta a su habitación, por favor

—Por supuesto, Fred.

—Valerie, me gustaría que vinieses un momento a mi despacho cuando sueltes tus cosas, me gustaría hablar contigo de algo.

—Está bien —se dispuso a subir, pero se paró de golpe—. Abuelo, ¿ha llegado *Inhlansi*?

—Sí, está en tu habitación.

Seguía a Ian por las escaleras mientras ella pensaba en su espada. Tuvo que enviarla unos días antes de viajar, cómo explicaría el ir con una espada dentro del avión, y había para ellos un método seguro de enviar sus armas.

El pasillo de las habitaciones era diferente al del vestíbulo, las paredes eran blancas y los suelos de madera oscura, aun así, se veía bonito y tenía un contraste agradable.

—Aquí es —dijo Ian de pronto parándose ante una puerta.

Al abrir, se encontró con una habitación pequeña pero acogedora, con una cama blandita, una pequeña mesita de noche, el armario, unos estantes y, al lado de la puerta del baño, un escritorio sobre el cual estaba su espada. No pudo evitar cogerla y desenvainarla.

—*Inhlansi*, no sabes cómo te he echado de menos.

Escuchó una risita y miró a Ian, que todavía estaba allí apoyado en el marco de la puerta y no pudo evitar sonrojarse un poco después de ese arrebato con su espada.

—Es la primera vez que paso tanto tiempo lejos de ella —dijo como para disculparse.

—Tranquila. Todo guardián sabe el amor que se le puede tener a una espada. ¿Cuánto llevas con ella?

—Me la regaló mi abuelo cuando cumplí los diez años.

—¿Con diez años tenías una espada tan grande?

—Con diez años usaba mucho la de mi abuelo. No tenía que acostumbrarme a su peso. Y luego no he querido cambiarla. Es única.

—Mi actual espada me la regaló mi padre a los dieciocho, justo antes de venir. Llevo cuatro años con ella y me cuesta separarme. Bueno, tengo que irme, si quieres algo, solo tienes que decírmelo. Mi habitación está en la otra ala, es la octava puerta a la derecha.

—Gracias. ¿Dónde está el despacho de mi abuelo?

—Vamos, te acompaño, tengo que pasar por allí para ir al salón.

—Vale —soltó su espada, cerró la puerta y siguió a Ian.

Anduvieron el camino hecho por el pasillo y volvieron a bajar la escalera. Empezaron a girar por pasillos, aquello era grande, más de lo que lo parecía desde fuera. Antes de que Ian parase ante una puerta, ella ya estaba totalmente perdida.

—Aquí es —dijo él

—Gracias —contestó ella.

—Si quieres algo, ya sabes dónde estoy. Por cierto, bienvenida —dijo con una sonrisa antes de marcharse.

Valerie tocó a la puerta y pasó en cuanto le dieron permiso. Su abuelo estaba sentado en un escritorio. El despacho era bastante elegante, todo de madera oscura, y de fondo se escuchaba el *Canon* de Pachelbel.

Su abuelo siempre había estado entrenando a los chicos. Era profesor en varias especialidades de artes marciales y lucha con espadas, pero al final, al hacerse mayor, le habían ofrecido un puesto en el monasterio de Alaska para dirigir al grupo de guardianes que había allí. Le costó hacerlo, pero al final accedió.

—¿Qué te ha parecido tu habitación?

—Muy acogedora. Gracias.

—En esa ala estáis las chicas.

—No he visto a ninguna chica aún. ¿Cuántas chicas hay aquí? —preguntó.

—Quince, contándote a ti. Ya sabes que el poder de hielo no es muy común en las mujeres.

En las academias, había tantos chicos como chicas, había usuarios de todos los poderes, pero ser un usuario del poder del hielo no era común en las mujeres. Sin embargo, su abuelo lo era y, por lo tanto, su madre lo fue, por lo que ella lo tenía también, aunque hubiese habido ciertas dudas al respecto.

Valerie debería haber llegado un año antes al monasterio, por edad. La edad de pasar de práctica a trabajo es a los dieciocho años, pero Valerie, a pesar de ser usuaria de hielo por linaje, había

mostrado leves signos de usuaría de fuego, por lo que su abuelo la mandó con un buen amigo suyo, usuario de fuego, para que la vigilase durante un año.

—¿Cómo te ha tratado Carl?

—Bien. Soy cien por cien usuaría de hielo.

—Bueno, parecía haber dudas, por eso quería que fueras con él. Bueno —continuó diciendo su abuelo—, tengo algo para ti. Si lo quieres, claro.

Fred se levantó y se dirigió hacia un armario de madera oscura. Lo abrió y sacó una espada, la cual hizo que Valerie contuviera la respiración.

—Sé que tienes mucho cariño a tu espada, pero pensé que quizá, aunque no la uses, quieras tener la de tu madre. Estaba esperando este momento para dártela. *Iqhwá*.

Valerie pocas veces se quedaba sin habla, pero esa vez lo estaba. Alargó su mano y cogió la espada. No se atrevió a sacarla de su vaina, pero la examinó centímetro a centímetro. En la vaina había una preciosa letra A con muchas curvas y formas en tono dorado. A de Aya, como se llamaba su madre.

—Gracias. Es preciosa.

—De nada. Puedes usarla si quieres o mantenerla como un recuerdo. Nadie mejor que tú para tenerla.

Su abuelo notó, aunque ella intentara disimularlo, el nudo en la garganta que a esta se le formó.

—Tengo que ir al salón a preparar las patrullas, puedes venir si quieres y te presento a algunos grupos —ella frunció el ceño—. Valerie, ya sé que no te gustan las presentaciones, ser la nueva ni ser el centro de atención, pero tarde o temprano los tendrás que conocer, ¿no crees?

Valerie resopló, su abuelo sonrió con ternura mientras la miraba.

—Vale. Vamos.

De camino hacia el salón, se encontraron a una mujer de mediana edad, morena, con algunas canas y vestida con un traje azul marino de falda y una camisa de un blanco impoluto.

—Charlotte.

—Fred —dijo la mujer—. Supongo que esta es Valerie —dijo tendiéndole la mano que Valerie estrechó con una sonrisa.

—Esta es Charlotte, la mujer que lleva todo esto, evitando que se derrumbe con las peleas y las prácticas —la presentó Fred.

—Eres igual que tu madre —dijo mirándola.

—Eso dicen, muchas gracias.

—Bueno, voy a preparar los grupos de la patrulla para hoy.

—Bien —dijo la mujer—. Bienvenida, Valerie.

—Gracias.

Más adelante, se paró su abuelo junto a una puerta.

—Aquí están algunos de los guardianes. Hacemos turnos para patrullar, así que aquí solo estarán unos pocos, pero bueno, ya habrá tiempo de conocer a los demás.

Abrió la puerta y pasó delante dejándola abierta para que pasara ella.

Cuando entró, varios pares de ojos se posaron en ella. Reafirmado, odiaba las presentaciones.

Valerie no era una chica tímida ni una chica de sonrojarse, pero lo odiaba. Sobre todo cuando llegaba un año después, sola y siendo nieta del jefe.

Había unas veinte personas en la habitación, ocho chicas, los demás todos eran chicos, entre ellos Kyle, con la misma cara de pocos amigos que cuando lo conoció, e Ian, que le dirigió una sonrisa al verla que ella le devolvió.

El salón era como un aula, las paredes eran de un tono verde claro, había varias sillas con pala en filas. Una mesa al frente y lo que a ella le pareció una pizarra detrás, pero que no se apreciaba al tener dos mapas delante, uno de Alaska y otro de la ciudad. Había tres ventanas en el salón por las que solo se veía la oscuridad de la noche.

—Antes de nada, quiero presentaros a un nuevo miembro de nuestro equipo. Ella es Valerie y desde ya os voy a advertir de que tengáis cuidado con ella —advirtió dándose un golpe en una mano con otra haciendo que sus nudillos crujieran—. Es mi nieta.